

Testigos de una época 2 “éramos tan comunes, tan humanos”

Entrevista realizada a Susana Cazzaniga, en septiembre de 2023, por Katia Marro y Víctor Orellana para la Revista Propuestas Críticas en Trabajo Social, en el marco de las actividades de conmemoración de los 50 años de Golpe de Estado en Chile. .

¿Cuáles son sus conexiones con el proceso chileno previo al Golpe del '73 y, luego, ya con el Golpe mismo del 11 de septiembre de ese año?

Chile era todo un espejo en el que nos mirábamos. En particular en Trabajo Social, pero también en términos de pueblos que lograban con sus luchas pensar que eran posibles proyectos societarios que plantearan la justicia social, los derechos, el lugar de los trabajadores y las trabajadoras en ese proyecto.

Chile estaba muy cercano y para mí lo sigue estando.

Era una cosa de referencia constante, por lo que me parece interesante iniciar esta conversación con esa imagen: cada 11 de septiembre, cada vez que hablo con algún colega chileno o una colega chilena, recuerdo dónde estaba yo en ese entonces.

Para el año '73 estaba estudiando Trabajo Social en la ciudad de Santa Fe y militaba en lo que era la juventud universitaria peronista. Habíamos organizado una especie de agrupación e incorporábamos compañeras y compañeros que, sin estar vinculados directamente (inscritos en una militancia político más partidaria), sí tenían intereses y sensibilidades sociales.

Desde la “Agrupación Azul y Blanca” habíamos hecho una vacunación masiva en la ciudad y alrededores; nos desparramamos en diferentes lugares y a mí me tocó, con una colega, en un lugar isleño, bien de la costa, que además era de bastante difícil acceso. Recuerdo que estábamos las dos, teníamos la radio en una escuela y de pronto, cerca del mediodía, escuchamos la noticia.

Fue un golpe tan fuerte, que nos miramos, apagamos la radio, cerramos lo que estábamos haciendo y nos volvimos a Santa Fe. Estábamos tan aturcidas, pensando “esto no puede ser”, que lo que necesitábamos era encontrarnos con otros y otras para ver qué pasó. Cerramos todo, llegamos a dedo hasta la ciudad y ahí nos encontramos, hicimos una gran asamblea; quienes tenían algunos datos más lo llevaban y se discutían... era todo muy confuso.

Lo que sí sabíamos era que teníamos que estar al lado de nuestros hermanos chilenos, las hermanas chilenas; así, inmediatamente después de las asambleas, hicimos marchas, comunicados, etc. Y llevar nuestra solidaridad no era solo de palabras, sino ofrecer nuestras casas, ofrecer nuestros hogares para que la gente que tenía que salir de Chile pudiera llegar directamente a la Argentina, que nosotros los recibíamos.

Entonces, ese 11 de septiembre, que después se engancha de alguna manera con otro 11 de septiembre emblemático (el tema de las torres gemelas) y, al mismo tiempo, con varios septiembrés en que hubo golpes en Argentina, en otras épocas. Son estos septiembrés que nos traen siempre algunas reminiscencias. Son cosas que no se olvidan nunca más. Yo siempre tengo con Chile esa unión a partir de esa situación vivida.

¿Cómo llegaste al Trabajo Social? ¿Nos puedes contar sobre tu experiencia como estudiante de Trabajo Social, previo al Golpe del '76 en Argentina y, también, como militante?

Yo inicio mi carrera en una pequeña ciudad -llamada Rafaela- de la provincia de Santa Fe; una ciudad bastante particular, pues es una ciudad muy industrial (agricultura y ganadería) que, luego, fue creciendo y se diversificó y, siempre, estuvo presente el tema del *trabajo*, del *sindicalismo*; o sea, una cuestión bastante interesante que dio pie también a mucho movimiento militante, tanto en lo que fuera movimiento de trabajadores como movimientos juveniles. Nosotros ya en la secundaria participábamos, quizás no tan claros en términos políticos-partidarios, pero sí con una claridad ideológica y política en términos generales. Participábamos de trabajos en los barrios, las villas. Siempre teníamos actividades de ese tipo, actividades culturales, siempre muy movilizado todo. Y cuando me vine a estudiar a Santa Fe, evidentemente esto rápidamente se convirtió en una militancia más consciente, no porque la otra no fuera consciente, pero en Santa Fe ya era más orgánica, de mayores compromisos, de otro tipo de formación política.

En ese tiempo, la militancia peronista estaba organizada en tres frentes: en el frente barrial estaba la JP (*juventud peronista*); la JTP (*juventud trabajadora peronista*), que hacía su trabajo en las industrias, en sindicatos, en las fábricas; y la JUP (*juventud universitaria peronista*), que éramos los que trabajábamos más en el frente universitario.

Al interior de Trabajo Social nuestra lucha pasaba por el pase a la universidad, por las reformas de los planes de estudio y ahí teníamos mucho diálogo con Chile. Seguíamos mucho qué pasaba en Chile y qué pasaba en Uruguay con los planes de estudio. Nos movíamos por la idea de una universidad abierta al pueblo, donde la participación

fuera realmente una participación política, no una participación formal como se venía haciendo. Entonces, *al interior de las universidades había mucha disputa acerca de qué tipo de universidad queríamos y en el marco de qué tipo de sociedad*. Esa era una disputa constante.

¿En ese contexto, cómo era la relación desde el Trabajo Social con las militancias?

Nosotros teníamos una militancia bastante formal; teníamos escuelas de formación. Muchas de las cosas que aprendí o que leí no las leí en Trabajo Social, sino en la escuelita de formación del partido. Ahí teníamos una gran cantidad de temas que iban desde análisis de política internacional hasta lecturas de la escuela de Frankfurt, Gramsci y todo lo que tenía que ver con historias de liberación que se estaban librando en esos momentos en muchos pueblos del mundo.

Ahí vuelvo a Chile, que estaba presente en ese sentido.

Yo recuerdo que una de las grandes discusiones que teníamos al interior de la Escuela de Trabajo Social (en esa época Escuela de Servicio Social), era dilucidar si nuestro horizonte era *una patria liberada, una patria socialista, socialismo nacional como peronista...* poníamos la impronta de lo nacional.

Entonces, nos preguntábamos ¿ese socialismo nacional: qué lugar iba a tener en el Trabajo Social? Y era toda una discusión ¿qué lugar va a tener Trabajo Social en una sociedad donde, –muy inocentes quizás–, pensábamos que los problemas derivados de la desigualdad y la lucha de clases no iba a tener la envergadura que tenía hasta ese entonces?

Nos recostábamos mucho en Chile ¿qué hace Chile? ¿Qué hace el Trabajo Social chileno en estos momentos que tienen a Salvador Allende? Y habíamos llegado a una conclusión: *Trabajo Social, en los proyectos políticos ligados al socialismo nacional o al socialismo, iba a tener el lugar de la planificación*. O sea, nosotros íbamos a planificar Trabajo Social en equipos interdisciplinarios, en las políticas públicas, las políticas sociales (...) se ocuparía de temas que enfrentan situaciones concretas; pero ya no íbamos a estar en esa parte más asistencialista. ¿Por qué? Porque -en nuestro entendimiento de esa época- eso iba a estar resuelto, con los sueldos como correspondían, con otra vida, etc.

Entonces, todo eso era la discusión; y lo digo con mucha ternura, mirándolo con mucho gusto, *porque eran discusiones sumamente honradas, discusiones que nos daban las herramientas que teníamos en ese momento. Por eso hoy miro y digo: “eran ingenuas”;* pero eran las que teníamos en ese momento y a las llevábamos adelante.

¿Cuáles fueron los principales cambios que ustedes consiguieron en ese período de Reconceptualización?

Nosotros logramos hacer un cambio de estudio muy importante, consultamos con muchísimas carreras de otros países –vuelvo, nuevamente, a Chile como lugar que nosotros mirábamos mucho, igual que Uruguay–, con quienes teníamos un proceso bastante parecido. Y logramos hacer cambios de estudio, interesantes. Cambios que funcionaron y estuvieron en vigencia creo que 2 años, porque luego llegó la dictadura¹.

Por otro lado, estaba el tema de las prácticas. *Estábamos en una sociedad, en un momento histórico donde nuestros barrios estaban muy politizados*, sumamente politizados. Y la gente de los barrios veían al universitario que llegaba como aquel que los usaba como conejillo de indias; era muy difícil hacer las prácticas, porque nosotros les decíamos: *“queremos hacer las prácticas, aprender”* y ellos nos negaban la posibilidad. Incluso hubo situaciones en que nos echaron medio violentamente, que no querían universitarios dando vueltas por ahí, justamente por las experiencias previas que habían tenido.

Hubo que hacer toda una vuelta y una búsqueda con los colegas que estaban trabajando en barrio, desde otro lugar para que pudiéramos entrar a hacer nuestras prácticas. Pero siempre fue muy difícil eso, porque además nosotros rechazábamos esas prácticas que nos proponían, que eran prácticas en los hogares de niños, esas prácticas que nosotros decíamos *“no queremos esas prácticas, queremos otras cosas”*.

Eso era más o menos lo que nosotros íbamos haciendo, desde la Escuela, desde los espacios de militancia, con una coyuntura que cada vez se ponía mucho más represiva. Pero esa era la cuestión: un ambiente donde *toda la sociedad tenía una consciencia política, incluso los sectores conservadores tenían una formación política*.

Por lo general, cuando discutías con alguien que no acordaba con tu postura, *no lo hacías desde la chicana ni de la consigna vacía*, sino que se hacía con argumentos. Eso también me parece que es muy distintivo de la militancia de ese momento, *los argumentos*.

¹ El Golpe de Estado de Argentina tiene lugar el 24 de marzo de 1976.

Las consignas en la calle, los argumentos en la discusión. Por eso estudiábamos tanto, porque teníamos que estar con las herramientas para poder enfrentar los debates desde los lugares más serios.

Junto con eso teníamos una posición ética, que discutíamos mucho: si estabas en el frente universitario tenías que ser el mejor alumno o de los mejores alumnos o alumnas; si estabas en el frente de los trabajadores, pues de los mejores trabajadores y los más solidarios; si estabas en el barrio, lo mismo, el mejor vecino. Para nosotros era el hombre nuevo. Sabíamos que nosotros no lo éramos, pero sí sabíamos que desde ese lugar se podía construir el hombre nuevo.

O sea, desde el lugar no solo de la formación, no solo de la convicción, sino también desde el cómo te presentas como persona hoy día en estos rasgos, que eran rasgos demasiado exigentes; pero rasgos que te exigían ser creíble en lo que decías.

¿Cómo atraviesa la dictadura tu historia como militante, como trabajadora social?

175

Bueno, nosotros tenemos una gran cantidad de desaparecidos y desaparecidas; la escuela en la que yo estudié tiene muchos... compañeras y compañeros que ya no están. Estoy viva porque cuando me fueron a buscar yo no estaba. Gracias a la solidaridad yo pude sobrevivir. A nosotros siempre nos moviliza mucho, y por eso estamos mucho en estas conmemoraciones, porque en realidad cualquiera de nosotros sobrevivientes podría estar en esos retratos blanco y negro que nos recuerdan a aquellos/as que no sobrevivieron.

Además de desaparecidos y clandestinos tuvimos muchísimos colegas presos y en el exilio. Exilio tanto exterior como interior. Nosotros reconocemos el exilio interior como una represión, no porque estuviste en el exilio interior no eres víctima, eso nos costó mucho entenderlo. A mí, personalmente, me costó muchísimo entenderlo.

Hubo un punto de quiebre con la guerra de las Malvinas, porque cambia la coyuntura y empiezan a salir los colegas de la cárcel, nosotros empezamos a tener una vida más civil y empezamos a encontrarnos.

Excepto algunos compañeros y compañeras que salen muy mal, la mayoría volvemos a la militancia activa, que en ese caso era una militancia que estuvo más planteada en los derechos humanos.



La tarea ahí fue, primero, responder a la necesidad de encontrarnos para poder reconstruirnos como personas: hubo mucho acompañamiento entre nosotras, nosotros. Cada uno volvía en condiciones diferentes, y volver a tu casa, a tu hogar, era complejo... a veces te preguntabas *¿cuál es mi hogar? Si no tengo hogar*. Esas cosas eran fuertes, porque hubo familias que no aceptaron el retorno de los/as compañeros/as a los hogares (o lo hicieron a regañadientes); hubo otras que acompañaron. Tenías que empezar de nuevo tu propia vida. Eso fue en mi experiencia y sé que hubo otras parecidas. Hubo otros que volvieron a la absoluta soledad.

Ahí tomamos enseguida la bandera de reconstruir, de ver quiénes faltaban, quiénes no estaban; ahí te enterabas de gente que había desaparecido, te enterabas de gente que creías que estaba desaparecida y que estaba viva. Entonces, todo eso era una cuestión de búsquedas, de llegar a los familiares, de ver cómo estaban. Eso fue todo un trabajo más bien intra ¿no? Era como tratar de sanarnos entre nosotros. Pero ese sanar no era un sanar por fuera de un marco político. Inmediatamente empezamos a militar y abordábamos todos los temas en conjunto: derechos humanos, las elecciones –llegaban las elecciones del '83-, y discutíamos qué íbamos a hacer, cómo, a quién apoyar... todas esas discusiones se mantuvieron. Seguimos muy fuertes en eso.

¿Y luego, en los primeros años luego del fin de la dictadura?

Llega la democracia, pero nosotras sabíamos que no era completa, sabíamos que mantenían vigilancia sobre nosotros. Lo sabíamos porque teníamos gente, buena gente que estaba adentro de la policía, que nos conocían, porque todos volvimos a nuestros lugares de origen y en los lugares chicos todos se conocían. Entonces, nos favorecía el hecho de que, algún policía decía "...a los nuestros no (...) a ella no, la conozco desde que era niñita". Había gente que se jugaba y decía miren, muchachos, acá fulano y mengano me parece que están sobre ustedes. También el obispo, en el caso nuestro, tuvo una posición bastante importante de protección, pero no había actividad que organizáramos que no llegaran los servicios de vigilancia a presenciar.

Las primeras tareas fueron juntarnos y hacer listas de quienes no estaban, esa era nuestra búsqueda. Cuando aparecen las comisiones de la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) para la denuncia de los compañeros y compañeras, ahí también participamos como trabajadoras sociales, llevando documentación, etc. Por supuesto, también acompañar con mucha movilización el Juicio a las Juntas. Esas eran las cuestiones ahí. Todavía eran actividades políticas, pero todavía sin muchas organicidades, había mucha discusión, hacia dónde y cómo, que eran cuestiones bastante complicadas.



¿Para ti, en términos más personales, cómo fue tu reencuentro con el Trabajo Social?

Cuando vino el Golpe, y tuve que irme, no había terminado mi tesis; por tanto, era una cuestión ética el poder terminar. Cuando vengo a Santa Fe para pedir mi legajo, no estaba. Había sido borrado, lo habían sacado. Tuvimos que hacer una reconstrucción, que siempre cuando puedo lo digo públicamente: conseguí reconstruir mi historial académico gracias a dos colegas, buenas personas, que se pusieron a buscar acta por acta (de los exámenes).

Yo siempre se los reconozco porque, cuando volví, no es que todo el mundo te abrazó y te dijo “ay, queridita ¿qué te pasó?”; al contrario, te decían “¿y ésta de dónde viene? ¿por qué?”.

Durante la dictadura, el neoliberalismo económico, por un lado, y el terror que se impone, por el otro, fueron reemplazando esa solidaridad que había por una actitud del tipo “bueno, por algo será, arréglate como puedas... vos lo decidiste, hazte cargo”.

No fue fácil reconstruir nuestras vidas personales. Fue más fácil reconstruir nuestras vidas políticas, que nuestras vidas personales. En mi caso, fue muy duro haber tenido que entregar mi hijo para que fuera criado por sus abuelos durante muchos años. Volver a reconstruir una relación familiar, madre e hijo, fue muy duro para mí.

Ni les puedo decir lo difícil que fue, porque la primera pregunta –más allá de que mi hijo es maravilloso– que te haces (y que te hacen los hijos) era ¿por qué me tuvieron si sabían que esto podía pasar? Y les aclaro que no es fácil responder esa pregunta, fundamentalmente a niños; porque uno lo puede discutir ahora y lo puede conversar en otras edades, pero a los siete años es muy difícil.

¿Cómo ves el desafío de preservar la memoria en el tiempo presente para las generaciones actuales?

Hay algo que es muy importante y de lo que tenemos que ser conscientes: a quienes sobrevivimos a los horrores de la dictadura a veces nos cuesta entender que, hoy día, estamos frente a generaciones que no han vivido ni de cerca lo que vivimos nosotros. Imagínate que ni siquiera vivieron la crisis del 2001²

² En Argentina, el año 2001, tienen lugar una serie de intensas protestas, luego de años de medidas de ajuste neoliberal que empobrecieron a la población. El gatillante fue el “corralito”, el 2 de diciembre, desencadenando huelgas, un estallido social de grandes dimensiones, la represión por parte del gobierno (con un saldo de 39 asesinados en las protestas) y, finalmente, la renuncia y escape en helicóptero de la Casa Rosada del entonces presidente Fernando de la Rúa.

Esos acontecimientos que para nosotros son ayer, son anoche en nuestras cabezas, en nuestros cuerpos ¿cómo hacemos para acercárselos a las nuevas generaciones que no tienen la menor idea de vivencias y experiencias parecidas? Y aquí hay una cuestión que a mí siempre me ha preocupado y es ¿cómo transmitimos esa memoria? Porque todos acordamos en que la memoria tiene que mantenerse viva. Pero... ¿cómo hacemos para que no sea un boomerang, para que no se congele?

Porque los relatos de nuestras experiencias corren el riesgo de que se diga “bueno, ellos [lo hicieron] porque eran superhéroes” y se reproduzca este culto al desaparecido. Una cosa es que uno diga “carajo, qué cojones que tuvieron”, pero otra cosa es ponerlos en un lugar de bronce que instale la idea de que tú no lo vas a poder hacer nunca.

Yo creo que nosotros tenemos que decir lo contrario: éramos tan comunes, tan humanos, con nuestros pros y contras, con nuestros oscuros, con nuestros miedos. Digamos que tuvimos miedo... ¡digámoslo por favor! Porque eso es parte de ser “ser humano” y, además, porque si no lo decimos, nos quedamos en ese lugar en el que nos volvemos imposibles de alcanzar.

Biografía Susana Cazzaniga (entrevistada): Licenciada en Trabajo Social, Dra. en Ciencias Sociales. Docente investigadora de la Facultad de Trabajo Social UNER (jubilada), ex directora de la Maestría en Trabajo Social UNER.

Biografía Katia Marro (entrevistadora): Licenciada en Trabajo Social Universidad Nacional de Rosario, Maestría en Servicio Social (Universidad Federal de Río de Janeiro), Doctora en Servicio Social (Universidad Federal de Río de Janeiro). Profesora Asociada a Escuela de Servicio Social, Universidad Federal Fluminense, Campus Río das Ostras (UFF-RO). Correo electrónico: kmuffro@gmail.com

Biografía Víctor Orellana Bravo (entrevistador): Licenciado en Trabajo Social (PUC-Chile), Magíster en Trabajo Social (PUC-Chile), Doctor en Servicio Social (Universidad Estadual de Río de Janeiro). Profesor Asistente del Departamento de Trabajo Social, Universidad de Chile. Integrante del Núcleo de Estudios Interdisciplinarios en Trabajo Social. Correo electrónico: victor.orellana@uchile.cl ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1257-009X>

